

tante, pues indica claramente que los escritores franceses supieron tomar la actitud digna que les correspondía y la mantuvieron con valor y entereza.—Julio César Jobet.



EL CHIQUILLO BLANCO, de Luis Merino Reyes, (Nascimento), 1948

Al estudiar la trayectoria literaria de Luis Merino Reyes podemos evidenciar como en cada nuevo libro de poemas o en cada obra en prosa se ha ido renovando en calidad, perfeccionando en estilo, depurándose en la forma, entregándonos un material elaborado, a conciencia, de su misión de escritor, sin concesiones a los demás o a sí mismo, siendo, ante todo, el ser en continuo peregrinaje de superación artística.

En «El chiquillo blanco», nos ofrece, esta vez, un conjunto de cuentos y una novela, de diversos temas, tonalidades y medios. El primer cuento, que da el nombre a la obra, es una narración concebida dentro de una estructuración apretada, en que la visión de los personajes y sus aconteceres se desplaza con celeridad y tal técnica de composición que vamos absorbiendo cada línea; vamos viviendo un mundo sórdido teñido de angustias, en donde la nota de dramatismo nos alcanza intensamente, pero es un dramatismo desarrollado en un clima espeso, para llegar a su vértice en el desenlace final, en forma magnífica. «El chiquillo blanco» ha de incorporarse en el cuento chileno como un modelo de tal, por lo vigoroso de su estilo, por la realidad de su ambiente, por la belleza sutil que emana de su forma. En «Aventura de Narciso», nos encontramos frente al tipo de hombre ego éntrico saturado de íntima satisfacción, que busca y encuentra la aventura, pero la aventura por sí misma, sin transmutaciones espirituales; aquella aventura que sale al paso en cualquier momento, se coge, no se desata en estrellas y termina antes de haber empezado. Todo lo anterior

realizado con un elegante descarnamiento, con profunda pupila humana para desentrañar los resortes internos de los seres. Con «El exabrupto» nos trasladamos al medio de una guarnición provinciana, palpamos la monotonía de su ambiente, las pequeñas cosas que llenan su existencia, el espíritu militar, entronizado sólo en aquellos sometidos a la dureza de sus disciplinas. Entonces comprendemos el «exabrupto» del veterinario, que no es uno de ellos, sino un injertado y la reacción que provoca. El relato acusa soltura, sencillez de estilo en armonía con la tonalidad anecdótica del tema. Por último, Merino Reyes, nos entrega su primera novela: «El forastero». Entramos, con ella, en una de las tantas familias que pueden rodarnos. El padre, hombre de negocios un tanto despreocupado de sus intereses comerciales, poseedor de una varonilidad jactanciosa; la madre, joven aun, girando sobre su belleza y de sensibilidad un tanto superficial. Luego los tres hijos, de los cuales Rubén, el menor, contrasta con la fuerte estampa de virilidad de su padre y hermanos. Es, así, como sus veintiún años no se hacen presente en su sangre. Es dentro del núcleo familiar un elemento extraño, un tanto doloroso. Ajeno al palpitar de vida de los suyos, Rubén viene desde la infancia caminando en puntillas. Una enfermedad, la epilepsia, no sólo tiene, para él, repercusiones en su constitución orgánica, sino, también, en lo espiritual. Cada crisis que le sobreviene es una reintegración al no ser. De ellas regresa penosamente, con la sensibilidad más afinada, pero siempre distante de emociones derivadas de otra índole. Y aquel muchacho al traspasar la adolescencia continúa con la pureza anímica de su infancia y ya la adolescencia ha madurado en su cuerpo y Rubén prosigue en una actitud vital que es estática para su familia.

Sólo percibimos un acento pasional cuando actúa frente al padre, como si un subconsciente llamado le hiciera presentir, en él, a un enemigo. Se le lleva a una casa alegre como un medio terapéutico para su afección y su modalidad de resonancia. En

ella, Rubén acusa el más tremendo de los fracasos. Ante su sexualidad dormida no hay despertar posible. Es el niño que no quiere ser hombre, es el hombre enclaustrado en la virginidad del niño. No es el obscuro rechazo de la carne, sino una blanca negación del espíritu. La madre, con una afinidad inconsciente de sexo, se revela ante el hecho perpetrado en el hijo. Y los días continúan cayendo, más pesados, en la soledad del muchacho.

Más tarde, interviene en su vida la presencia de un adolescente, de condición humilde, por quien, nuestro personaje se siente atraído por un sentimiento de amistad que pone un tono alegre en su existir. Rubén se entrega a su amigo con pureza, sin destino alguno. Cuando pasa un transcurso de tiempo sin encontrarse, inquieto Rubén sale en su búsqueda. Al encontrarse frente al ausente, éste lo recibe con hostilidad, lejano a esa camaradería de siempre y como la parte vibrante de su salutación le golpea con una palabra desnudante y atormentadora. Como un sonámbulo retorna a su hogar. Un nuevo y fuerte ataque lo martiriza para revolverse en un suelo de angustiosas vivencias y, a esta altura, Merino Reyes, cierra el capítulo en forma magistral con aquellas últimas palabras «... Duérmete niño»... «No lo murmura nadie, nunca más nadie...»

Su madre acude en este momento cumbre. Comprende las proyecciones de su crisis; capta la desolación del cuerpo y del alma del muchacho, y la imprime una razón de existir: la muerte, cuando pequeño, casi le había acunado. Si entonces no había sucedido ¿por qué, ahora, deseársela? Había que vivir, por la sencilla razón humana de hacerlo, un tanto desconocida, sin teología alguna.

Y vemos cómo nuestro hombre puro se reintegra a sí mismo y a los otros, para empezar un nuevo camino, tal vez ignorado, pero exacto.

Esta novela escrita con fuertes y acertados trazos, nos deja la impresión de que su autor ha ido esenciando el desarrollo

para darle mayor fuerza emotiva. En ella los personajes se desenvuelven con soltura y proyectan sus matizaciones internas con gran realismo, sin abandonar los márgenes de la belleza formal.

En toda la obra de Merino Reyes hay un común denominador, que es lo profundamente humano de sus cuadros, a lo que se agrega una aguda penetración psicológica, la sobriedad y elegancia del estilo, la raíz poética del escritor que, aunque castigada, siempre se evade en su prosa; el dominio de la estructuración gramatical y del lenguaje, todo lo cual le sitúa, definitivamente, como uno de los mejores escritores de nuestra generación.—MILA OYARZÚN.